

LA CRISIS EN EL BAR DEL PUEBLO

EN los casinos de los pueblos, en los humildes bares llenos de humildes moscas de los humildes pueblos del país, ha penetrado ya el gusano del futuro político. Los labradores de tagarina o puro caliqueño, preocupados hasta ahora sólo del escarabajo cebollero, de la repetición de las jugadas más interesantes del partido televisado, del pulgón de la patata, del empacho de la burra o de la forma de ahogar el seis doble, comienzan también a hablar de política. Naturalmente, estos señores campesinos, que tienen el cráneo macerado de sol y fútbol y el estómago ahito de la dulce papilla que les proporciona mamá TV, no leen los relatos de Apostua, de Calvo Hernando, de Miguel Angel Aguilar, de Josep Meliá, de Oneto, de Lorenzo Contreras, que son los exégetas de la prensa del corazón político del país. De modo que nuestros señores campesinos ignoran la apasionante trama de quién cena con quién, de los decibelios en los aplausos en las Cortes, de la interpretación de las sonrisas de los prohombres, de los viajes precipitados, de las ausencias significativas, de las declaraciones con doble sentido, de todo este baile nervioso y polivalente de la política actual. Acudir al quiosco para seguir al día los relatos de estos cronistas supone un presupuesto de cien duros a la semana. Nuestros campesinos no se gastan, ni de broma, esos cien duros, aunque para el caso da igual. Ellos ya intuyen, olfateando el aire, lo esencial del problema, es decir, que la cosa está mal y que aquí puede haber garrotazos en plan eminente. Que es de lo que se trata.

Cuando de política sólo se hablaba en las tertulias de Madrid o en reducidos círculos de las capitales de provincia, puede decirse que el asunto estaba dominado. El madrileño es un ciudadano que durante mucho tiempo se ha desayunado con bollos y rumores, es todo un profesional del chisme, y si le dicen que hay crisis sigue mojando el suizo en el café con leche y ni se inmuta. Pero cuando el rumor político llega ya al bar del pueblo y los labradores interrumpen el dominó o la partida de tute para hablar de política es que el asunto se pone feo. La gente de pueblo no matiza. Puede pasarse años sumida en una calma chicha llena de moscas y de pronto comienza a pensar en la escopeta. En los pueblos, ya se sabe, participar consiste en callar o en pegar tiros, sin término medio. De momento, la crónica política de los pueblos del país podría sintetizarse diciendo que nuestros señores campesinos están jugando al tute ya muy nerviosos. Y no se fijan. Piensan en todo caso que tienen la escopeta engrasada por si llegan los malos. Creen que puede haber meneo. Y esa gente no suele equivocarse.

VICENT

